

843  
D.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2227  
. L 6  
56  
V 2

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE  
D. LUÍS TASSO SERRA.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LAS LOBAS DE MACHECUL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

PELIGROS DE UNA MALA COMPAÑÍA.

Serian las siete de la tarde cuando acompañado de Michel salió Petit-Pierre de la cabaña donde tan graves peligros había corrido, y en la que dejaba yerto y exánime al valiente mancebo, á quien tanto apreciaba á pesar de conocerle desde hacía poco tiempo; su esforzado corazón se abatió á la idea de que iba á correr sin Bonneville los peligros que durante cuatro ó cinco días habían compartido, y si bien la causa real sólo había perdido un soldado, Petit-Pierre creía que le faltaba un ejército y con alma angustiada pensaba en los crueles horrores de las guerras civiles.

Ese era el primer grano de la sangrienta semilla que iba á derramarse en la Vendée, y Petit-Pierre se estremecía á la idea de que tal vez no recogería más que duelos y pesares.

No hizo á la viuda la ofensa de recomendarle el cuerpo de su amigo, pues había comprendido que bajo su ruda corteza anidaban los sentimientos más elevados y religiosos, y cuando Michel llegó á la puerta llevando el caballo del diestro, reflexionó que eran preciosos los momentos,

por estarla aguardando sus amigos, y tendiendo la mano á la viuda, la dijo:

—¿Cómo podré agradeceros lo que por mí habéis hecho? —Nada he hecho por vos, contestó la viuda; he pagado una deuda y cumplido un juramento.—¿Es decir, preguntó Petit-Pierre con las lágrimas en los ojos, es decir que ni siquiera queréis aceptar mi gratitud?—Si os empeñáis en deberme algo, cuando roguéis por los que hayan muerto por vos, añadid algunas oraciones por los que hayan muerto por causa vuestra.—¿Creéis, preguntó Petit-Pierre sonriendo en medio de su llanto, que Dios se dignará oír mis súplicas?—Sí, porque os creo destinada á sufrir.—A lo menos aceptad esto, repuso Petit-Pierre quitándose del cuello una medalla pendiente de un cordoncito de seda negra; es plata, poca cosa; pero el Padre Santo la bendijo en mi presencia, diciéndome que Dios oíría los votos que ante ella se hiciesen, con tal que fueran justos y piadosos.—Gracias, contestó la viuda tomándola; rogaré al Señor que libre á nuestro país de la guerra civil y le conserve su grandeza y libertad.—Bien, la última parte de vuestro ruego estará conforme con los míos.

Dijo, y ayudado de Michel montó á caballo haciendo una postrera señal de despedida á la viuda, y ambos desaparecieron tras el vallado. Durante algunos momentos estuvo Petit-Pierre cabizbajo y sumido en melancólicas reflexiones; al cabo hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y sacudiendo el dolor que le oprimía, dijo á Michel que á su lado caminaba:

—Caballero, sé de vos dos cosas que os han captado toda mi confianza: ayer os debimos el aviso de la llegada de los soldados, y hoy venís de parte del marqués y sus hijas. También quisiera saber quién sois; en las actuales circunstancias tengo poquísimos amigos, y deseo saber su nombre para no olvidarlo. —Soy el barón Michel de la Logerie.—¿De la Logerie? Paréceme que no es esta la primera vez que oigo este nombre.—En efecto, señora, mi pobre amigo Bonneville quiso un día acompañar á V. A. á casa de mi madre.—¿Qué estáis diciendo? dijo Petit-Pierre interrumpiéndole. —De qué altura habláis?—Perdonad, *Madama*.—¡Otra vez! —Decía que mi pobre amigo Bonneville os acompañaba un día á casa de mi madre, y con el honor de encontraros tuve también la dicha de poderos acompañar al castillo de Sou-

day.—¿De manera que debo estaros agradecida por tres conceptos? No creáis que me asuste por eso; tal vez llegue día en que pueda pagaros tan señalados servicios.

Balbuó el mozo algunas palabras que no oyó su interlocutora, y como las de esta le habían causado al parecer honda impresión, conformándose desde entonces todo lo posible con la voluntad de Petit-Pierre tocante al incógnito, tratóle si cabía con más miramientos y atenciones.

—Paréceme, continuó Petit-Pierre después de reflexionar un momento, que según me dijo Bonneville vuestra familia no es realista.—En efecto, *Mad...* cab....—Llamadme Petit-Pierre, ó no me nombréis, y así saldréis del paso. ¿Con que el honor de teneros por caballero lo debo á una conversión?—Conversión fácil; á mi edad las opiniones no son todavía convicciones, sinó sentimientos.—¿Sois muy joven? dijo mirándole Petit-Pierre.—Aun no he cumplido veinte y un años.—Hermosa edad para amar y combatir, exclamó Petit-Pierre con un suspiro, al que contestó el barón con otro. Sonrióse aquel al oírlo y exclamó: Ese suspiro habla muy alto acerca de vuestra conversión política; apostaría á que dos lindos ojos han contribuido á ello, y si los soldados de Luís Felipe os registrasen, probablemente os encontrarían una banda á la cual dan inestimable valor las manos que la bordaron, antes que los principios de que es emblema.—Os aseguro, dijo Michel tartamudeando, que no ha sido esta la causa de mi determinación.—¡Vamos! ¡vamos! no lo neguéis, señor Michel, que esto es pura caballería; ya descendamos de ellos, ya tratemos de imitarles, acórdemonos de que los antiguos caballeros levantaban á su dama casi á la altura de Dios y al nivel de su rey, poniendo á los tres en la misma divisa; no os avergoncéis de vuestro amor: ese es el mejor título que tenéis á mis simpatías. ¡Vive el cielo! como diría mi abuelo Enrique IV, con un ejército de enamorados me atrevería á conquistar á Francia, al mundo entero. ¿Puede saberse el nombre de vuestra dama, señor barón?—¡Oh! prorrumpió Michel ruborizado.—¡Hola! discreto sois y os felicito, pues es cualidad tanto más preciosa, cuanto que de día en día va escaseando; pero ¡qué diantre! á un compañero de viaje bien se lo podéis confiar en secreto. Vamos á ver: ¿queréis que os ayude un poco? ¿cuánto apostamos á que nos dirigimos hacia la dama de vuestros pensamientos?—Cierto, contestó Michel.—¿Cuánto apestamos

también á que es una hermosa amazona de Souday?—  
¿Quién os lo ha dicho?—Os felicito, amigo; por más que las  
llamen Lobas, las considero excelentes de corazón y capaces  
de hacer feliz á un esposo. ¿Sois rico, señor de la Logerie?—  
¡Ay! sí.—¡Mejor! y no ¡ay! pues podréis enriquecer á vuesa-  
tra esposa, lo cual me parece una verdadera felicidad; sin  
embargo, como en todos los amores suele haber algún obs-  
táculo, si Petit-Pierre puede seros de alguna utilidad, tendrá  
sumo gusto en pagaros los servicios que le prestéis. Pero si  
no me engaño, alguien viene.

Oíanse en efecto las pisadas de un hombre que iba acer-  
cándose á ellos, y Petit-Pierre añadió:

—Parece que es un hombre solo.—Sí; mas conviene es-  
tar sobre aviso. ¿Permitís que monte á vuestro lado?—¿Por-  
qué nó? ¿Estaríais ya cansado?—Nó; mas soy muy conocido  
en el país, y si me viesen llevar del diestro el caballo de un  
aldeano, como Amán el de Mardoqueo, esto daría mucho en  
qué pensar.—Hablasteis con mucho acierto; voy viendo que  
nos seréis de algún provecho.

Apéose Petit-Pierre, montó Michel, y el primero saltó á  
la grupa. Apenas lo había verificado cuando vieron á corta  
distancia al individuo que iba hacia ellos y que de pronto  
se detuvo.

—¡Hola! dijo Petit-Pierre, parece que si nosotros teme-  
mos á los transeuntes, no nos temen ellos menos á nosotros.  
—¿Quién va? dijo Michel de recio.—¡Calle! ¡Si es el señor  
barón! ¡Que me emplumen si esperaba encontraros por el  
camino á estas horas!—Razón teníais en decir que os cono-  
cen en el país, dijo riendo Petit-Pierre.—Sí, desgraciada-  
mente, contestó Michel indicando con el tono que les ama-  
gaba un peligro.—¿Quién es ese hombre? preguntó Petit-  
Pierre.—Mi colono Courtin, de quien sospechamos haber  
denunciado vuestra presencia en casa de la viuda Picaut.

Y en tono imperioso en el que se traslucía lo grave de la  
situación, añadió:

—Ocultáos detrás de mí. ¿Eres tú, Courtin? preguntó  
luego mientras Petit-Pierre se hacia un ovilla.—Sí, señor  
barón.—¿De dónde vienes?—De Machecul, á donde he ido  
para comprar un buey.—¿Dónde está pues el buey, que no  
le veo?—No he podido mercarlo con el diablo de la política;  
todo está paralizado, dijo Courtin examinando el caballo del  
barón tanto como la oscuridad permitía. Según veo, no vais

á la Logerie, pues le volvéis las espaldas.—No es extraño:  
voy á Souday.—Pues errasteis el camino, permitidme que  
os lo diga.—Ya lo sé; como temo hallar gente armada, doy  
un rodeo.—Si vais á Souday me atreveré á daros un aviso.  
—Habla; pues un aviso sincero siempre es bien recibido.—  
Vais á encontrar la jaula vacía.—¡Ca!—Como os lo digo:  
tenéis que dirigiros á otra parte, si queréis encontrar el  
pájaro que tanto os hace correr.—¿Quién te lo ha dicho,  
Courtin? preguntó Michel volviendo el caballo de modo que  
diese constantemente la cara á su interlocutor ocultando á  
Petit-Pierre.—Estos lo han visto: toda la banda ha desfilado  
á mis piés en el camino de la Grande-Lande.—¿Estaban por  
aquel lado los soldados? preguntó el barón.

Petit-Pierre creyó ociosa esa pregunta, y pellizó el brazo  
del joven.

—¿Los soldados? repitió Courtin. ¿También vos los teméis?  
Si es así, no vayáis por la llanura esta noche, pues no  
andaréis una legua sin ver bayonetas.—¿Qué haré, pues?  
—Veníos conmigo á la Logerie; daréis una grande alegría á  
vuestra madre que está muy pesarosa de vuestra conducta.  
—Maese Courtin, también yo voy á daros un consejo.—  
¿Cuál, señor barón?—Que calléis.—No callaré, contestó el  
colono fingiéndose muy conmovido; siento mucho que os ex-  
pongáis á tantos peligros por....—Calla.—Por una de esas  
malditas Lobas, que ni siquiera querría el hijo de un al-  
deano como yo.—¡Miserable! exclamó el barón levantando  
el látigo.

A este ademán, provocado de intento por Courtin, el ca-  
ballo dió un paso adelante y el labriego vió dos jinetes.

—Perdonad, señor barón, dijo como apesadumbrado, pero  
hace dos noches que no duermo pensando en esto.

Estremecióse Petit-Pierre al notar en la voz del alcalde  
la misma entonación falsa y melíflua que le había observado  
en casa de Mariana, donde ocurrieron poco después tan tris-  
tes acontecimientos. Así es que tocó á Michel como queriendo  
decirle:

—Cueste lo que cueste, desembaracémonos de ese hombre.

—Corriente, contestó el barón; andad con Dios y dejadnos  
pasar.

Haciendo Courtin como que reparaba entonces que su  
amo llevaba á alguien en la grupa, exclamó:

—¡Diantre! nó vais sólo. Ahora comprendo por qué os

han enojado mis palabras. Oíd, caballero, quien quiera que seáis, sed más razonable que vuestro amigo y convencedle de cuán errado va desafiando al gobierno é infringiendo las leyes por el gusto de complacer á esas Lobas.—Por última vez, replicó Michel con acento amenazador, te mando que nos dejes en paz. Obro como me place, y no has de ser tú quien califique mi conducta.

Sin embargo, mostrábase Courtin decidido á no apartarse hasta ver el rostro del misterioso personaje que acompañaba á su amo, y con el acento de la más completa buena fe, dijo:

—Vamos, mañana haced lo que queráis; mas esta noche id á descansar en vuestro cortijo con la persona que os acompaña: os juro, señor barón, que esta noche es peligroso andar por el campo.—No puede haber peligro alguno para mi compañero ni para mí, pues nada tenemos que ver con lo que pasa.... ¿Qué diablo estáis haciendo en la silla? continuó el barón viendo en el colono un movimiento extraño.—Nada, señor Michel, nada. ¿Con que no queréis acceder á mis ruegos ni oír mis consejos?—No, continuad vuestro camino y dejadnos en paz.—Entonces, dijo el colono, id con Dios; pero recordad que Courtin ha hecho cuanto ha estado en su mano para impedir que os sucediese una desgracia.

Hízose á un lado, y Michel espoleó el caballo en tanto que Petit-Pierre le decía:

—¡Al galope, al galope! he conocido á ese hombre, es el que causó la muerte del pobre Bonneville; corramos, su aparición es un mal agüero.

El barón aguijó de nuevo, mas á poco volcóse la silla y ambos jinetes cayéron. Petit-Pierre se levantó primero y preguntó á Michel:

—¿Os habéis lastimado?—No, contestó el barón poniéndose en pié á su vez; mas no sé cómo....—¿Cómo hemos caído? No se trata de eso; el hecho es que caímos. Cinchad cuanto antes.—¡Voto al diablo! dijo de pronto el barón, las cinchas se han roto á igual distancia.—Decid que las han cortado, contestó Petit-Pierre; es una ocurrencia de ese maldito Courtin que nada bueno nos presagia. Mirad por ese lado.

Y á medio cuarto de legua avistó el barón en el valle tres ó cuatro hogueras que en la oscuridad resplandecían.

—Es un campamento, contestó Michel.—Si ese bribón

tiene alguna sospecha, lo cual es indudable, nos echará otra vez encima los soldados.—¿Le creéis capaz de semejante vileza sabiendo que estáis conmigo, con su amo?...—Con lo que me ha pasado, bien puedo suponerle capaz de todo.—Tenéis razón.—Empecemos pues por dejar el camino trillado.—En eso estaba pensando.—¿Cuánto tiempo se necesita para llegar á pié al paraje donde nos aguarda el marqués?—Una hora larga; no tenemos que perder un momento. ¿Y el caballo?—Dejémosle; volverá á la cuadra, y si nuestros amigos lo encuentran, conocerán que nos ha sucedido algo y nos buscarán. Pero ¡silencio!—¿Qué hay?—¿Oís algo?—Sí, oigo pasos de caballos hacia el campamento.—¿No os decía que aquel hombre cortó las cinchas con dañadísimas intenciones? Vámonos, barón.—Si dejamos el caballo aquí, nuestros perseguidores conocerán que no estamos lejos.—Me ocurre una idea.—¿Cuál?—De Italia. Las corridas de los Barbieri; imítadme.

Y exponiéndose á destrozarse los dedos púsose á romper con sus delicadas manos ramas de zarzas y acebo, y como Michel hizo otro tanto, luego tuvieron dos haces.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Michel.—Rasgad las iniciales de vuestro pañuelo y dádmelo.

Obedeció el barón, y rasgando Petit-Pierre dos tiras del pañuelo, ató los haces, y prendió uno á la crin del caballo y otro á la cola. Al sentir el pobre animal las punzadas empezó á dar saltos y corcovos, y el barón cayó por fin en la cuenta.

—Ahora, dijo Petit-Pierre, quitadle la brida para que no se desnucque y soltadlo.

Apenas se vió libre el caballo, relincho, sacudió furiosamente las crines y la cola, y echó á correr desbocado haciendo brotar de los guijarros millares de chispas.

—¡Magnífico! dijo Petit-Pierre; ahora recoged la silla y huyamos.

Saltaron á la otra parte del vallado, y agacháronse para escuchar. Oíase todavía el galope del caballo.

—¿Oís? dijo satisfecho el barón.—Sí, contestó Petit-Pierre, y no somos los únicos que escuchamos, señor de la Logerie: ¿no oís también el eco?

## II

DÓNDE MAESE JAIME CUMPLE EL JURAMENTO HECHO Á POCA-  
ALEGRÍA

El rumor que Michel y Petit-Pierre habían oído se trocaba en confuso estrépito que iba acercándose, y dos minutos después pasaron á diez pasos de ellos unos doce jinetes, que volaban al alcance del fugitivo caballo, cuyos fuertes relinchos indicaban la dirección de su arrebatada carrera.

—Buen paso llevan, dijo Petit-Pierre; pero dudo que lo alcancen.—Tanto más, respondió Michel cuanto que van á pasar precisamente por el mismo paraje donde nuestros amigos nos están aguardando, y el marqués es capaz de entorpecer su persecución.—¡Entonces tendremos batalla! exclamó Petit-Pierre; ayer en el agua, hoy en el fuego: prefiero lo último.

Y al decir esas palabras quiso arrastrar al barón hacia el punto donde le parecía que iba á trabarse la pelea.

—Nó, nó, exclamó Michel resistiéndose; no vayais, os lo suplico.—¿No os seduce la idea de combatir á los ojos de vuestra dama? Ella está allí, barón.—Lo creo, dijo melancólicamente el mancebo; mas como los soldados cruzan la llanura en todas direcciones y al primer tiro que se oyera acudirían de todas partes, fácilmente podríamos topar con una de sus partidas, y si por desdicha terminara tan mal la misión que se me ha confiado, os juro que no me atreviera á presentarme al marqués.—A su hija, querréis decir.—Sea, á su hija.—Pues para no indisponeros con vuestra hermosa amiga, os prometo obedeceros.—Gracias, gracias, contestó Michel estrechando la mano de Petit-Pierre.

Y viendo la imprudencia que cometía, retrocedió un paso y dijo:

—¡Ah! dispensad...—No hay de qué. ¿En dónde está el asilo que me ha proporcionado el marqués de Souday?—En mi casa; en un cortijo mío.—Supongo que no será el de

Courtin.—Nó; otro completamente aislado y oculto en la arboleda, á la otra parte de Legé, aldea donde ya sabéis que vivía Tinguy.—Sí; ¿pero conocéis el camino?—Perfectamente.—Os prevengo que en Francia desconfío mucho de ese adverbio: el pobre Bonneville también conocía perfectamente los caminos, y sin embargo se extravió.

Exhaló Petit-Pierre un suspiro.

—¡Pobre Bonneville! su extravió fué quizás la causa de su muerte.

Al evocar Petit-Pierre ese recuerdo, asaltáronle naturalmente las tristes ideas que le ocupaban cuando salió de la casa de Picaut; así es que se puso taciturno y siguió á su nuevo guía contestando con monosílabos á las pocas preguntas que le dirigía el barón, quien desempeñó sus nuevas funciones con mucho mayor acierto de lo que era de esperar: torció á la izquierda, y atravesando la llanura, llegó á un arroyo donde en su niñez pescaba con frecuencia cangrejos, el cual cruza el valle de la Benate en toda su extensión, sube al sur para descender al norte y desembocar en el Boulgne cerca de San Colombin. Corriendo entre dos prados ofrecía el arroyo seguro y cómodo camino, y Michel lo siguió á trechos llevando en hombros á Petit-Pierre como lo hacía el malogrado Bonneville; y saliendo luego del arroyo á un kilómetro de distancia, torció otra vez á la izquierda, subió á un collado y mostró á Petit-Pierre la selva de Touvain que en la oscuridad se columbraba al pié de la misma colina.

—¿Hemos llegado ya á vuestro cortijo?—Nó; nos falta atravesar la selva de Touvain; es cuestión de tres cuartos de hora.—¿Es segura la selva de Touvain?—Probablemente: los rojos saben muy bien que de noche no hay que esperar nada bueno de nuestros bosques.—¿No teméis extraviaros?—Nó, porque no nos internaremos en la espesura hasta que hayamos llegado al camino de Machecul á Legé, y siguiendo la linde del este debemos encontrarlo de preciso.—¿Y luego?—Luego bastará tomar este camino, y él mismo nos guiará.—Adelante, pues, dijo Petit-Pierre; os prometo que daré buenos informes de vos, y no será culpa mía si vuestro rendido corazón no alcanza la recompensa que ambiciona. Pero aquí hay un camino casi transitable. ¿Sería el que buscamos?—Es fácil averiguarlo, pues debe haber un poste á mano derecha... Ahí está; este es el camino. Ahora, Petit-

Pierre, me atrevo á prometeros una buena noche.—Bueno, dijo suspirando Petit-Pierre, pues os confieso que las terribles emociones de hoy me han dejado mal recobrada de las fatigas de anoche.

Dichas apenas esas palabras, saltó al camino un hombre, que agarrando por el cuello á Petit-Pierre le dijo con voz tonante:

—¡Alto! ¡ú os mato!

Lanzóse Michel al auxilio de su amigo asestando á la cabeza del agresor un recio golpe con el puño de plomo de su látigo; pero por poco paga caro su generoso auxilio, pues sin soltar el otro á Petit-Pierre, á quien sujetaba con la mano izquierda, sacó una pistola y la disparó contra el barón. Felizmente para éste, como á pesar de la debilidad de Petit-Pierre no estaba éste tan quieto como el agresor hubiera deseado, en cuanto vió el movimiento desvió tan á tiempo el brazo que apuntaba al corazón del baroncito, que la bala sólo le rozó el hombro. Volvía Michel á la carga y el agresor sacaba otra pistola del cinto, cuando salieron de los matorrales otros dos hombres que cogieron al barón por las espaldas. Viéndole entonces su contrario en la imposibilidad de atacarle, dijo á sus auxiliares:

—Atad á ese perillán, y luego me desembarazaréis de éste.—¿Con qué derecho nos prendéis? preguntó Petit-Pierre.—Con éste, respondió el hombre señalando la carabina que llevaba á la bandolera. La razón vais á saberla dentro de pocos momentos. Atad bien al del látigo; en cuanto á éste, añadió mirando desdenosamente á Petit-Pierre, no creo que nos cueste mucho hacerle seguir.—¿Adónde nos lleváis? preguntó Petit-Pierre.—¡Curiosillo sois, mancebo! —¿Adónde?...—¡Ea! en marcha y menos palabras, ¡voto á brios! Si tanto empeño tenéis en saberlo, luego lo veréis.

Y cogiendo el brazo de Petit-Pierre bajo el suyo inter-nóse en la espesura, á donde le siguieron los dos acólitos que empujaban á Michel, quien todavía forcejaba; y así anduvieron hasta que á los diez minutos llegaron á la calva donde se hallaba la gazapera de maese Jaime, quien, para cumplir lealmente la promesa hecha á Poca-Alegría, había cogido á los dos primeros caminantes que encontró, siendo su pistolotazo el que había puesto en alarma el campo de los desertores, según hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

### III

DÓNDE SE VE QUE NO TODOS LOS JUDÍOS SON DE JERUSALÉN,  
NI DE TÚNEZ TODOS LOS TURCOS

—¡Hola, conejos! gritó Jaime al llegar al claro.

Obedientes á la voz de su jefe salieron los conejos de los matorrales donde se ocultaban á la primera señal de alarma, y en cuanto se lo permitió la oscuridad, examinaron cuidadosamente á los dos prisioneros.

Mas como esta inspección hecha á oscuras no podía satisfacerles, un hombre de la tropa bajó á la cueva, encendió dos teas, y volvió para alumbrar el rostro de Petit-Pierre y su compañero. Maese Jaime había vuelto á sentarse en el tronco y hablaba tranquilamente con Alain refiriéndole los pormenores de la presa que acababa de hacer, con la misma llaneza con que hubiera relatado un aldeano á su mujer los de una compra hecha en el mercado.

Desazonado Michel por la aventura y la herida que acababa de recibir, habíase tendido sobre la yerba, mientras Petit-Pierre, de pié á su lado, examinaba atento y no sin repugnancia el aspecto de los bandoleros á quienes maese Jaime llamaba conejos, lo cual le era tanto más fácil, cuanto que satisfecha ya la curiosidad de aquellos, habían vuelto á sus interrumpidas tareas, esto es, á sus cantares y juegos, á dormir ó limpiar las armas, sin que por eso los despiertos perdieran de vista á los dos prisioneros, á quienes para mayor seguridad habían colocado en medio del raso. Quitando entonces Petit-Pierre los ojos de los bandidos para ponerlos en su compañero, vió la sangre que le corría por el brazo y mano, y exclamó:

—¡Cielos! ¿estáis herido?—Creo que sí, señ...—Petit-Pierre, ¡vágame Dios! Petit-Pierre hasta nueva orden y ahora más que nunca. ¿Sufris mucho?—No; me ha parecido